

GLADIADOR

VENGANZA

SIMON
SCARROW

VENGANZA

SIMON SCARROW



En nuestra página web: <https://www.edhasa.es> encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Vengeance*

Ilustración de la cubierta: Richard Jones
Mapa interior de: David Atkinson, © Penguin Books Ltd, 2014

Diseño de la cubierta: Edhasa

Primera edición: agosto de 2019
Primera edición en e-book: mayo de 2020

© Simon Scarrow, 2014
First published in Great Britain in the English language in Puffin Books, 2019

© de la traducción: Ana Herrera, 2019

© de la presente edición: Edhasa, 2019

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

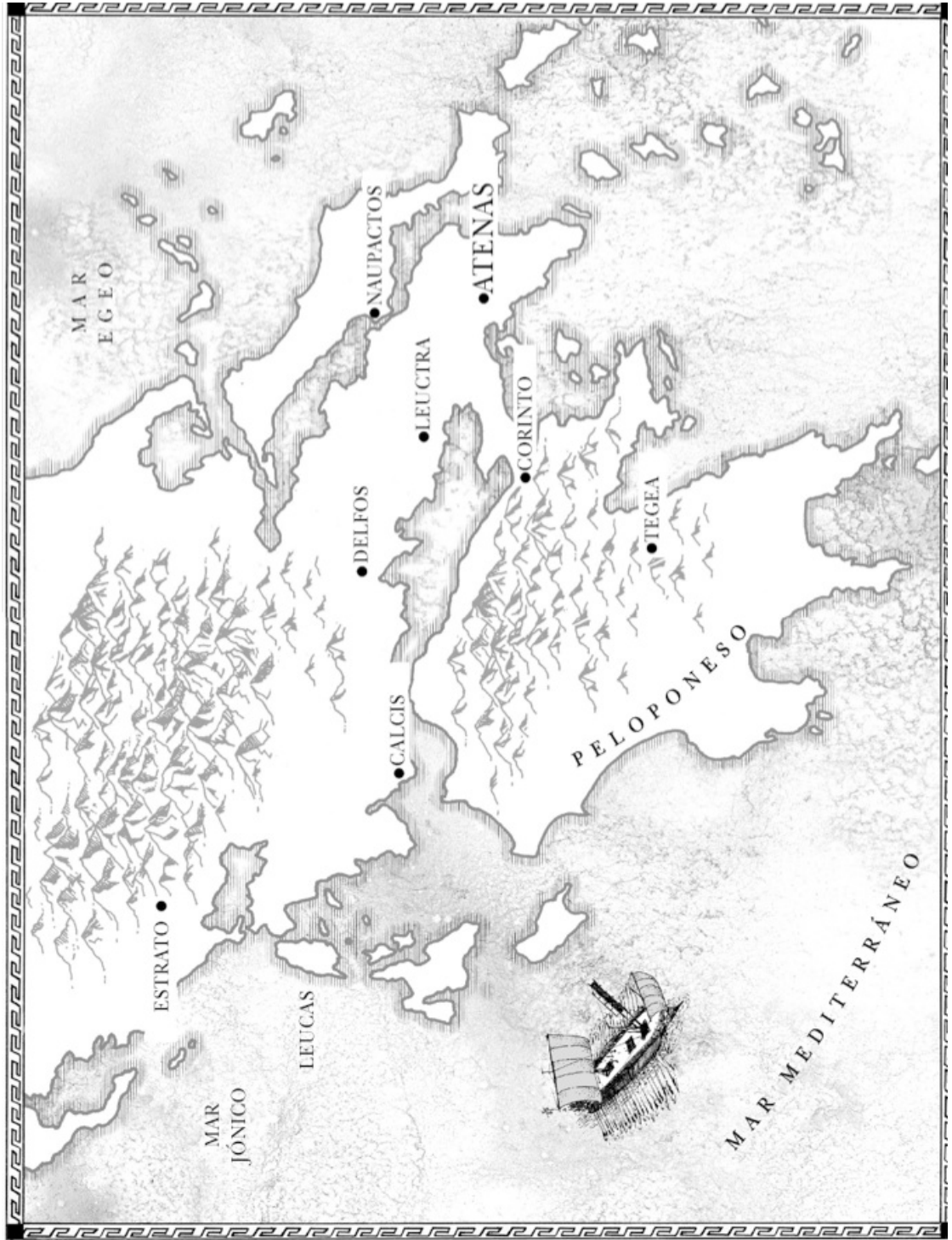
Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4744-9

Producido en España

Para John O'Leary y Anita Gentr, que leyeron el primer borrador...

VENGANZA



Capítulo I

–¿Preparado? –preguntó Festo.

Marco asintió y miró a su alrededor. Estaban en la plaza del mercado de Calcis, un pequeño puerto en la costa del golfo de Corinto. Por debajo del mercado, la tierra bajaba en declive hasta el mar, de un azul brillante, bajo el cielo despejado, y con el resplandor del sol temprano de la tarde. Habían llegado a la ciudad después de caminar toda la mañana por la carretera de la costa, y allí se habían parado a tomar una comida sencilla, un estofado, en una tasca a un lado del mercado. Una multitud considerable se reunía ya en torno a los puestos del mercado y alrededor de la fuente se apiñaban los habituales grupitos de jóvenes. Eran una presa fácil para el ojo experto de Marco.

–¿Tenemos que hacer esto? –preguntó Lupo, sentado junto a Marco. Tenía diecisiete años, cuatro más que Marco, pero a menudo parecían tener la misma edad. Mientras que Lupo era bajo y delgado, Marco era alto para su edad. El duro entrenamiento al que se había sometido en la escuela de gladiadores, y después a cargo de Festo, cuando ambos servían a Julio César en Roma, le había dotado de un físico muy musculado.

Festo se volvió hacia Lupo con un suspiro de cansancio.

–Sabes que sí. El dinero que nos dio César no durará siempre. Será mejor que lo estiremos un poco ganando lo que podamos a lo largo del camino. Quién sabe cuánto tiempo nos costará averiguar dónde tienen prisionera a la madre de Marco.

Marco notó una puñalada de dolor en el corazón. Habían pasado más de dos años desde que la viera por última vez, cuando se separaron después del asesinato de Tito, el hombre que Marco pensaba que era su padre. Vivían felices, en una granja de la isla de Leucas, hasta el día en

que Tito no pudo pagar a un prestamista. Unos hombres despiadados vinieron a apresar a la familia y venderlos como esclavos para pagar la deuda de Tito. El viejo soldado intentó resistirse, pero fue asesinado, y Livia y Marco acabaron condenados a la esclavitud. Marco había conseguido escapar, y desde entonces había jurado encontrar a su madre y liberarla.

Al principio pensó que era una tarea imposible, pero después de salvar la vida del César, el gran estadista romano le había entregado una pequeña suma de plata y una carta de presentación, junto con los servicios de Lupo y Festo, el guardaespaldas de mayor confianza de César, y lo liberó para que pudiera salvar a su madre. Navegaron entonces a Grecia con otros dos hombres, a quienes Festo había enviado de vuelta a Roma cuando quedó claro que el dinero del César se iba a agotar con demasiada rapidez con tantas bocas que alimentar.

Al desembarcar en Grecia, los tres tomaron la carretera de la costa a lo largo del norte del Golfo y se dirigieron hacia Estrato, donde Marco había encontrado por primera vez a Décimo, el prestamista que le había causado tanto dolor y sufrimiento. A lo largo de la ruta se habían financiado haciendo pequeñas representaciones en las ciudades y puertos por los que pasaban.

Festo apartó a un lado su cuenco vacío, se puso de pie y estiró los hombros y el cuello.

–En pie, chicos. Es hora de que empiece el espectáculo.

Marco y Lupo se levantaron del banco y cogieron sus bolsas. Contenían un poco de ropa de repuesto y un puñado de pertenencias personales: material de escritura, en el caso de Lupo, y un surtido de armas, en las de Marco y Festo. Festo buscó en su bolsa y arrojó unos cuantos ases de bronce en la mesa para cubrir el coste de su comida, y luego hizo un gesto a los dos chicos de que lo siguieran. Salieron de debajo del desgastado toldo de la tasca al resplandor del sol y se abrieron camino a través de la plaza hacia la fuente. Era finales de abril, y los arroyos de montaña iban tan llenos que el agua llegaba por los canales hasta el puerto, desde donde se alimentaba la fuente. Una corriente constante rebosaba de la copa central y salpicaba en el cuenco

redondo que había debajo, refrescando el aire en torno a ella. Y por eso era el lugar de reunión favorito de los grupos de jóvenes y de matones que ofrecían sus servicios pagados a terratenientes y prestamistas. Justo el tipo de gente que Festo andaba buscando.

La fuente estaba rodeada por un breve tramo de escaleras, suficientes como para que quien estuviera arriba del todo fuera visto claramente por encima de la multitud en la plaza del mercado. Festo dejó la bolsa y los otros lo siguieron.

–Vigílalos –dijo Festo a Lupo. Luego se volvió hacia Marco–: Empecemos.

Se subieron al borde de la fuente y Festo levantó las manos, tomó aire, y entonces gritó a la multitud, en griego:

–¡Amigos! ¡Escuchadme, escuchadme!

Las caras se volvieron hacia la fuente. La gente se detuvo a mirarlo con curiosidad. Los grupos de hombres cerca de la fuente dejaron sus bromas ociosas y miraron al hombre y al chico que habían alterado su rutina diaria. No faltarían voluntarios para recoger el desafío que estaba a punto de lanzar Festo.

–¡Noble gente de Calcis! –continuó Festo–. Vosotros sois los herederos de la orgullosa tradición de los heroicos griegos que en tiempos se enfrentaron al poderoso imperio persa y lo derrotaron. Más recientemente, ay, habéis caído ante el poderío de Roma, y ellos..., o sea, nosotros, somos ahora vuestros amos.

Hizo una pausa para dejar que algunos gritos feroces de desafío resonaran entre la pequeña multitud que se iba reuniendo delante de la fuente. Marco, que se había criado entre los griegos, sabía lo orgullosos que se sentían de su civilización. Les contrariaba amargamente vivir bajo la orden de los romanos, a quienes consideraban inferiores, y Festo estaba explotando ese hecho deliberadamente, asegurándose de hablar con marcado acento latino cuando se dirigió a ellos de nuevo.

–Sin duda muchos de vosotros todavía os mantenéis leales al espíritu guerrero de vuestros antepasados.

–¡Sí! –gritó entonces uno de los matones que estaba a poca distancia–. ¡Y lo averiguarás enseguida, si no cierras esa boca!

Se oyó un coro de apoyo por parte de sus amigotes.

–¡Lárgate, romano! –continuó el matón, con una mueca amenazadora–. Y llévate a tus alfeñiques contigo.

Festo se volvió hacia el hombre con una sonrisa radiante.

–¡Ah, ya veo que tenía razón con lo de la gente de Calcis! Todavía viven un par de hombres de verdad aquí...

–¡Y más, romano! –respondió otro hombre muy robusto–. Y, ahora, haz lo que te dice éste y vete de aquí, antes de que la emprendamos contigo.

Festo levantó las manos y pidió silencio. Pasó un rato antes de que aquellos que se encontraban entre la multitud profiriendo insultos y amenazas se callaran, pero la mayoría de los habitantes de la ciudad querían saber qué pasaría a continuación, y les hicieron guardar silencio.

–¡No quería ofender a nadie! –exclamó Festo–. Somos simples viajeros que pasamos por vuestras tierras. Yo me llamo Festo. Si os he hecho enfadar, me disculpo con toda humildad ante vosotros. Pero parece que hay algunos aquí para los que no basta con una disculpa...

–¡Qué razón tienes, romano! –gritó el primer matón mirando a sus compañeros, que lo vitorearon.

Festo se encaró directamente con el hombre.

–En ese caso, me parece justo que tengas la oportunidad de darnos una buena lección –se volvió a Marco–. Es hora de usar los bastones de entrenamiento.

Marco asintió y abrió el hato de piel de cabra que llevaba colgado, y sacó de él un pequeño paquete de bastones de madera, todos de metro y medio de largo y más gruesos que el pulgar de un hombre. Le pasó uno a Festo, que lo levantó para que lo vieran todos.

–¿Hay alguien que quiera enfrentarse conmigo y con el chico y competir para ver quién aguanta más tiempo en pie de los dos?

–¡Yo! –El matón se golpeó el pecho y otros se unieron a él, señalando a Festo–. Me llamo Andreas. ¡Y te daré una paliza tal que nunca la olvidarás!

–¡Muy bien! –replicó Festo–. Pues tendremos competición. Pero que sea justa. Cuatro de los vuestros contra dos de los nuestros.

El matón se echó a reír, burlón.

–¡Hecho! Es hora de que los romanos, que os lo tenéis muy creído, os llevéis una buena lección. Cuatro contra vosotros, tú y tu niño. Te llevarás una buena tunda, sin duda. Bueno, si me suplicas perdón, entonces quizá te deje salir de Calcis de una sola pieza. Eso sí: me tendréis que dar todo vuestro equipaje. Botín de guerra, romano. Supongo que habrás oído hablar de ello...

–No soñaría siquiera con negaros el placer de humillarnos –respondió Festo suavemente–. Pero hagamos que esto sea más interesante aún...

Buscó su bolsa y la levantó.

–Apuesto diez piezas de plata a que ganamos el chico y yo. ¿Alguien acepta la apuesta?

Hubo un momento de duda mientras la gente del pueblo asimilaba esta novedad, pero al final un comerciante bien vestido, con túnica azul, levantó el brazo.

–Yo acepto la apuesta. Igualaré tu plata si luchas contra Andreas y sus camaradas –señaló hacia el matón.

Este último asintió con entusiasmo.

–¡Hecho! Aquí, Eumolpo, ven conmigo. –Se volvió a mirar al grupo de jóvenes más cercano y señaló con el dedo a los dos chicos más altos–. Trapso y tú, Ático. Vosotros os enfrentaréis con ese cachorro romano mientras nosotros le damos una buena paliza a este gritón. Y ahora veamos esos palitos que tenéis, romanos, y pongámonos manos a la obra...

–Con mucho gusto. –Festo señaló a Marco, que se adelantó y tendió los bastones a los griegos para que eligieran sus armas. Andreas cogió el primero que tenía a mano, y luego tres más, y se los pasó a los hombres a los que había seleccionado. Marco y Festo tomaron otros dos del fajo que había preparado Festo, con madera de árboles que habían cortado a lo largo del camino, buscados para ese fin.

–¡Despejad un espacio aquí! –Festo se adelantó desde la fuente hacia la plaza, y señaló con su bastón para que la multitud se apartara. Ellos

retrocedieron y, una vez que quedó despejado un espacio de unos diez metros de ancho, Festo se situó en medio y levantó su bastón. Marco se acercó entonces y se situó a su lado, espalda con espalda, y luego levantó su bastón y lo sujetó con ambas manos, horizontalmente. Como siempre antes de combatir, notó que el corazón se le aceleraba y que los músculos se le tensaban. Andreas y sus camaradas se colocaron alrededor de ellos, los dos hombres frente a Festo y los dos chicos jóvenes ante Marco. Éste los examinó rápidamente, evaluándolos.

El que se llamaba Trapso era el más robusto, con el pelo liso atado hacia atrás con una correa de cuero. Tenía la cara llena de granos y cuando enseñó los dientes se vio que los tenía manchados y torcidos. Su compañero, Ático, era más alto y cuidaba más su aspecto. Llevaba el pelo bien cortado y la túnica, aunque era sencilla, estaba limpia y le sentaba bien a su cuerpo fibrado. Tenía los rasgos finos, como muchas de las estatuas de jóvenes atletas que había visto Marco en las ciudades por las que habían pasado desde que desembarcaron en Grecia. Sin duda se creía un seductor, pensó.

–Lo mismo de antes –gruñó Festo por encima de su hombro–. Nos cubrimos la espalda el uno al otro y fingimos. Le damos un poco de espectáculo a la gente y luego echamos al suelo a esos matones. ¿Entendido?

–Ya sé lo que tengo que hacer –murmuró Marco a su vez–. Me has enseñado bien. Vamos, empecemos ya.

Festo se volvió y le guiñó un ojo.

–Siempre buscando pelea, ¿eh? Así me gusta.

Marco apretó los labios. En realidad, odiaba luchar. Odiaba esa sensación angustiada que se le ponía en la boca del estómago. Lo único que le atraía era la idea de rescatar a su madre. Por eso luchaba. Era el único motivo.

–¿Preparado? –preguntó Festo.

–Preparado.

Festo miró al matón.

–¡Adelante!

Capítulo II

Al principio nadie se movió. Marco y Festo se quedaron quietos, espalda contra espalda, contemplando muy de cerca a sus oponentes, buscando cualquier señal del inminente ataque. Marco se fijó en que Trapso sujetaba su bastón con ambas manos, como si fuera una porra, medio levantado, dispuesto a pegar a Marco. Por contra, el otro joven parecía que sabía usar un bastón en una lucha, pues lo agarraba con las manos separadas para poder pinchar con los extremos o bloquear los golpes con la mayor fuerza posible.

De repente, oyó que las sandalias de Festo rascaban las losas del suelo y echó la mirada atrás, justo para ver entonces que su compañero se enderezaba y se echaba el bastón al hombro, burlándose de los dos hombres que tenía delante.

–¿Qué problema tenéis, amigos míos? ¿Ya no os apetece una lucha fácil?

–Hablas demasiado –gruñó Andreas–. No te será tan fácil cuando te rompa todos los dientes, romano.

No esperó la respuesta, sino que soltó un fuerte bramido y cargó contra Festo, empuñando el bastón e intentando descargarlo contra su cabeza, en un arco feroz. Un instante más tarde sus tres compañeros también cargaron, haciéndose eco de su grito. La mirada de Marco se dirigió de nuevo a los dos jóvenes, dejando que Festo combatiera por su cuenta. Ése era el plan. Cada uno confiaba en que el otro aguantase y preservase la espalda de su camarada. Ático se echó atrás y dejó que su amigo, más recio, cargara primero. Trapso levantó el bastón por encima de su cabeza, extendiendo los brazos del todo para que el golpe tuviera toda la fuerza posible. Marco movió la mano izquierda y volvió el final del palo hacia el griego; lo empujó hacia delante y se lo clavó en el

pecho, justo debajo de la barbilla. El impacto detuvo en seco a Trapso, que fue dando traspiés hacia atrás, luchando por recuperar el aliento, bajó el bastón y soltó una mano para agarrarse el pecho. Marco dio un paso hacia delante, bajó la punta de su bastón y golpeó de nuevo, esta vez apuntando al estómago de su oponente.

Evitaba apuntar a la cara y a la entrepierna, como le había indicado Festo. El objetivo del ejercicio no era causar heridas duraderas y los sentimientos negativos que las acompañaban. Lo único que se requería era una sencilla lección, lo justo para que al acabar el combate lo único que tuvieran herido fuera su dignidad. Trapso trastabilló hacia atrás debido al golpe, sin aire, haciendo esfuerzos para respirar. Marco bajó de nuevo el bastón y lo puso en tierra, detrás del talón del joven, y luego empujó hacia delante con el hombro. Trapso perdió el equilibrio y cayó pesadamente al suelo, el bastón se escapó de su presa y cayó resonando a poca distancia.

La derrota del chico había sido tan rápida que a los espectadores les costó un momento comprender lo ocurrido, pero enseguida muchos gruñeron, decepcionados. Se oyeron unas cuantas exclamaciones ahogadas en favor de Marco, y éste se dio cuenta de que el joven matón no era popular entre todos los habitantes del puerto. Recuperó su bastón y se retiró hacia Festo, con un fondo de gruñidos y entrechocar de madera resonando en sus oídos mientras concentraba la atención en el segundo chico. Ático parecía asombrado al ver la facilidad con que había caído su compañero, pero cambió rápidamente la expresión a otra dura y concentrada mientras se agachaba y miraba a Marco.

–Bien jugado, romano –dijo, con los dientes apretados–. Pero enseguida verás que yo no soy un idiota como ese zoquete de Trapso.

Marco se encogió de hombros.

–Ya lo veremos. Pero te aconsejo una cosa: que contengas el aliento. Porque lo vas a necesitar.

Las oscuras cejas de Ático se fruncieron, llenas de rabia, se inclinó hacia abajo y cogió el bastón que estaba caído en el suelo, y luego avanzó, balanceando un palo en cada mano. Una técnica inusual, pensó rápidamente Marco para sí, pero no demasiado efectiva. Aunque Ático

podía bombardearlo con una lluvia de golpes, éstos no tendrían tanta fuerza como un arma empuñada como es debido. Tal y como esperaba, el griego se acercó agitando los bastones a lo loco, moviéndolos en el aire sin parar mientras buscaba un punto por donde atacar al chico romano. Marco levantó su bastón y lo movió a derecha e izquierda para parar los golpes. Hubo una sucesión de fuertes crujidos al impactar madera contra madera.

Recordaba muy bien el otro consejo que le había dado Festo: «Intenta que la lucha contra el segundo oponente dure un poco más. Así la multitud no quedará decepcionada. Dales algo a cambio de su dinero», le había dicho Festo. «Es lo que hace un buen gladiador. Que cuando todo termine, que la multitud se haya hartado de emociones y los luchadores que han perdido tengan la sensación de que han dado un buen espectáculo, y su orgullo, aunque algo maltrecho, se pueda consolar con la idea de que han supuesto una dura prueba para su oponente ganador».

Marco mezcló algunas fintas entre sus paradas, obligando al griego a retroceder y, tras unos cuantos ataques más, Ático se retiró fuera de su alcance y respiró hondo mientras examinaba a Marco, con los bastones temblando por el esfuerzo de sostenerlos. Entonces Marco oyó un fuerte gruñido tras de sí y se arriesgó a echar un vistazo. Vio entonces que Festo había abatido a uno de los hombres con los que luchaba, que yacía tirado en las losas del suelo, fuera de combate. Se volvió entonces a Ático, pues ahora que combatían ya uno a uno, no tenía por qué permanecer cerca de Festo. Echó atrás la mano izquierda y bajó el extremo de su bastón, que agarró como si fuera una lanza. Y adelantó unos pasos, despacio.

Ático lanzó una estocada a la punta del bastón, consiguiendo apartarlo, pero una y otra vez Marco seguía apuntándolo hacia su cara y daba otro paso hacia él, obligándolo a echarse atrás, hacia la multitud. El joven griego se estaba quedando sin fuerzas, y al final, aplicando toda su inteligencia, se dio cuenta de que lo controlaría todo mejor con un solo bastón. Echó atrás la mano derecha y arrojó el bastón hacia Marco. La madera volteó en el aire y Marco notó un dolor agudo

cuando uno de los extremos le dio en la oreja antes de que pudiera agacharse. Notó que un reguero cálido le caía por el cuello, y su oponente dejó escapar un grito de triunfo al ver la sangre, cargó hacia adelante y lo atacó de lado a lado con el bastón que aún sujetaba con las dos manos.

Marco se retiró dos pasos y mantuvo el terreno, rechazando los salvajes golpes y notando que los miembros del otro chico temblaban al transmitirse la vibración de bastón a bastón. Ático perdía fuerzas rápidamente, desesperado por poner fin a la pelea. Hubo otro intenso intercambio de golpes, los sonidos hacían eco en las altas paredes de un templo que estaba cerca de la fuente. Entonces Marco saltó hacia delante, preparando los músculos, y le dio un golpe feroz en los nudillos al griego. La madera se descargó en el hueso y Ático dejó escapar un grito de agonía y retiró la mano herida, soltando la presa. De inmediato, perdió el agarre de su arma y la punta vaciló. Marco apretó entonces con fuerza su bastón e hizo girar el extremo en redondo y, levantando los brazos, asió el bastón de manos del otro chico y lo lanzó por el aire, dando vueltas. La multitud soltó un respingo de sorpresa y admiración, pero la lucha no había terminado aún. Marco tenía que hacer caer a su oponente.

Ático estaba tan asombrado como los espectadores, demasiado asombrado para reaccionar. Marco corrió hacia él, plantó su bota detrás de su pierna y le empujó con fuerza con el bastón en el estómago. Igual que su camarada antes, Ático cayó pesadamente de espaldas. De inmediato Marco agitó su bastón en el aire y gritó:

–¡Victoria!

–¡No! –Ático jadeaba penosamente y empezó a levantarse.

Rápidamente, Marco bajó su bastón y empujó con el extremo el pecho del otro chico, justo por debajo de la garganta, apretándolo hacia abajo.

–Un consejo: cuando hayas caído, quédate en el suelo; o asume las consecuencias –dio un empujón más con el bastón para recalcar sus palabras. Haciendo un gesto furibundo, Ático asintió y levantó las manos en señal de derrota.

Marco se volvió en redondo para ver lo que estaba haciendo Festo. Éste se encontraba frente a Andreas, y el griego, a su vez, estaba de pie, con las piernas bien firmes, sujetando el bastón con las dos manos con fuerza, dispuesto a contrarrestar cualquier movimiento que hiciera Festo.

–¿Necesitas ayuda? –preguntó Marco.

–No. Éste es todo mío.

Andreas bufó y meneó la cabeza.

–¡Por los dioses, eres un creído! El típico maldito romano...

Jadeaba con fuerza, para favorecer la respiración. Era un hombretón muy grande, observó Marco. Pero no estaba en forma, a diferencia de Festo, que se ejercitaba cada día y cuyo cuerpo era tan rápido como su mente. Festo se dispuso a realizar un nuevo ataque y se adelantó con su bastón, apuntando al estómago del otro hombre. Sin embargo, Andreas, aunque pesaba mucho y no estaba en forma, tenía los reflejos de un gato, y apartó de un golpe el bastón y luego contrarrestó atacando al romano con un golpe que le acertó en las costillas. Festo retrocedió un poco e hizo una mueca de dolor, palpándose el costado. Saludó con la cabeza a su adversario rápidamente, luego inspiró con fuerza y agarró de nuevo su bastón con firmeza.

Marco notó un pinchazo de preocupación por su amigo, pero sabía muy bien que no debía intervenir. Festo era un hombre orgulloso y, sin duda, cualquier intento de ayudarlo provocaría su ira. De modo que Marco bajó su bastón y se quedó a un lado. Como había sido el primero en acabar el combate, recaía otra tarea en él. Miró a su alrededor en busca del comerciante que había aceptado la apuesta, pero no lo vio. De repente, se fijó en un relámpago azul, y entonces lo vio retrocediendo por detrás de la multitud. Marco devolvió el bastón a su paquete y sacó una daga, y se la metió en el ancho cinturón de cuero que llevaba sujeto alrededor del estómago. Echó otro vistazo a Festo y vio que se adelantaba para luchar de nuevo. Andreas levantó en alto su bastón, apuntando a la cara del romano, pero Festo no parpadeó. Atacó al griego y su oponente tuvo que moverse para parar el golpe, y entonces

Festo bajó su bastón, puso el arma en ángulo y la apuntó hacia el pie del griego, y luego le aplastó los dedos.

Andreas aulló, lleno de dolor, e instintivamente levantó el miembro herido y saltó hacia atrás, manteniendo todavía el bastón empuñado para rechazar los ataques de su oponente. Era demasiada coordinación para un hombre tan pesado, de modo que trastabilló y cayó, y lanzó un gruñido cuando sus pulmones se quedaron sin aire. Festo apartó el bastón de sus manos de un golpe y luego apretó el otro extremo contra el vientre del hombre. Muchos en la multitud soltaron carcajadas al ver al torpe matón caído, y Andreas se sonrojó, furioso.

–Ríndete –exigió Festo.

La expresión del griego se oscureció, y luego miró rápidamente a la multitud que los rodeaba y se dio cuenta de que la mayoría vitoreaba a Festo, y se reía, encantada. Hizo un esfuerzo para sonreír también, al tiempo que intentaba penosamente ponerse en pie, y tendió la mano.

–Has ganado limpiamente, romano. Calcis raramente ha visto un luchador como tú. No supone ningún deshonor ser vencido por un profesional. ¿Gladiador, quizá?

–En tiempos –asintió Festo, pasándose el bastón a la mano izquierda y estrechando cautelosamente la mano al griego–. Ahora sólo soy un viajero que atraviesa vuestras tierras.

–¿Y el chico? Es demasiado joven para ser gladiador, ¿no?

–No. Fue gladiador antes de conseguir su libertad.

–¿De verdad? –Andreas se volvió en redondo y frunció el ceño–. ¿Y adónde, por el Hades, ha ido ahora?

Marco ya estaba atravesando la multitud. La mayoría de la gente lo ignoraba, ya que su atención estaba centrada en Festo, y él se dirigía directamente hacia la túnica azul que había visto un momento antes. La multitud empezó a disminuir al acercarse a las hileras de puestos y entonces vio que el comerciante caminaba rápidamente hacia un callejón que conducía fuera del mercado. Marco se metió en una calle paralela, a corta distancia, y echó a correr. Cuando llegó al primer cruce, se volvió hacia la calle por la que iba el comerciante y luego corrió por un callejón estrecho hacia la siguiente esquina, donde se

detuvo y se apretó contra el yeso basto de la pared. Sacó la daga del cinturón e intentó respirar despacio, hasta que oyó los suaves pasos de unas sandalias que se acercaban. Un momento más tarde el comerciante pasó a su lado y Marco saltó tras él, apretando la punta de su cuchillo en la parte baja de la espalda del hombre.

El comerciante dejó escapar un grito de sorpresa y se dio la vuelta, retrocediendo hacia el edificio que estaba enfrente.

–Tienes que hacer efectiva una deuda, si no me equivoco... –sonrió Marco–. Ahora, vamos de vuelta al mercado para arreglar las cosas. Diez piezas de plata. Será mejor que cumplas o, si no, mi amigo, Festo, se va a enfadar mucho.

El comerciante se recuperó de su sorpresa al instante y sus labios se curvaron hacia abajo con desdén. Miró a Marco a los ojos.

–No eres más que un crío. Apártate de mi camino.

Marco dio un paso para bloquearlo.

–Yo soy el crío que acaba de vencer a dos de tus matones callejeros en combate. Y también soy el crío que sujeta un cuchillo a no más de un palmo de tu estómago... Vamos, tienes una deuda que pagar. Volvamos al mercado. Adelante.

* * *

–Son nueve... diez... –El mercader dejaba caer las monedas de plata en la mano de Festo.

–Gracias –sonrió Festo–. Y la próxima vez sería buena idea que no intentaras escabullirte.

–No habrá próxima vez, o al menos eso espero –replicó el comerciante con acritud–. Espero no volver a veros, ni a ti ni a tu pequeño secuaz, nunca más.

–Sí, sería mejor para ti que así fuera. –Festo descansó la mano en el hombro de Marco–. O la próxima vez mi amigo Marco quizá no esté tan dispuesto a mantener apartada su daga.

–¡No se atrevería! –escupió el mercader, con desprecio.

Marco inclinó la cabeza a un lado.

–¿No? ¿Quieres que hagamos una prueba?

El mercader se apartó a un lado y rápidamente recuperó su compostura.

–¡Bah! Un puñado de estafadores, eso es lo que sois. Estoy pensando en informar sobre vosotros a los magistrados de la ciudad...

–Sí, bien, ¿por qué no lo haces? –lo desafió Festo–. Estoy seguro de que les interesará mucho escuchar al hombre que intentó evitar pagar una apuesta que había hecho delante de todo el mundo, en el mercado de Calcis.

El mercader dejó escapar un gemido de frustración, y rápidamente se volvió y atravesó a toda prisa la plaza del mercado. La multitud reunida para presenciar la lucha se había dispersado ya, y Marco, Festo y Lupo empezaban a guardar los bastones. Andreas, sentado en los escalones de la fuente, se curaba el pie; soltó una risita cuando vio alejarse al comerciante.

–Bah, olvidaos de ése. Hay muchos hombres como Clisto por aquí. Se merecen todo lo que les pase. –El griego se puso de pie despacio para probar a apoyar el peso en el pie e hizo una mueca.

–Siento haberte hecho eso –dijo Festo–. Pero tenía que hacerte caer rápido después de ese golpe en las costillas.

–Otro día te habría tirado yo a ti, romano.

–Si tú lo dices...

–Pues sí. ¿Tenéis sed, tus chicos y tú?

Festo miró a sus compañeros. Tanto Lupo como Marco asintieron.

–¡Bien! –Andreas se acercó y apoyó su mano en el hombro de Marco–. Y en cuanto a ti, chico, eres tan fiero como tu amigo Festo. Por los dioses, si yo tuviera diez como tú en mi banda, gobernaría todas las calles de esta ciudad. Ven conmigo. Conozco un buen sitio donde beber. Y pago yo.

Capítulo III

–¿Qué tal el pie? –preguntó Festo, dejando su vaso con un rudo golpe en la mesa.

–Dolorido –replicó Andreas, y luego sonrió–. ¿Qué tal tu costado?

–Dolorido.

Ambos se echaron a reír, y Andreas agarró la jarra para rellenar sus vasos, pero, tras pensárselo un momento, vertió un poco más de vino aguado en las copas de Marco y Lupo. La posada que había elegido el griego estaba en una calle empinada que conducía a una pequeña meseta. Construida al borde de un acantilado, dominaba toda la ciudad y el mar centelleante que estaba más allá. Una ligera brisa refrescaba el ambiente, agradable después de sufrir la estrechez calurosa del mercado, y también se oía el suave roce de las ramas de un cedro que proporcionaba sombra a los clientes.

–Tú, chico... –dijo Andreas, mirando fijamente a Marco–, luchas como un demonio. Sólo he podido ver alguna cosa, porque estaba muy ocupado con tu amigo, pero lo que he visto me ha dejado muy impresionado. Tu escuela de gladiadores debía de ser de las mejores. He visto unos cuantos combates en el circo, aquí, pero era una cosa muy basta en comparación con la exhibición que habéis dado hoy vosotros dos. ¿De dónde sois, exactamente?

Marco levantó el vaso como dando las gracias y tomó un sorbo del brebaje avinagrado. Luego replicó:

–Me entrenaron en una escuela junto a Capua. Y luego Festo, cuando me llevaron con un nuevo amo, a Roma.

–¿Y tú? –preguntó Andreas a Lupo–. ¿Cuál es tu historia? No pareces el tipo de muchacho que uno suele encontrar en compañía de dos asesinos bien entrenados.